

Nombrar es también confrontar el olvido Una filosofía que confronta los pasados olvidados

Naming is also confront the oblivion
A philosophy that confronts the forgotten past

Alberto Verón Ospina¹

Verón O. Alberto. miradas N°12 – 2014. ISSN: 0122 994X. Págs 128 - 140

Recepción: Mayo 9 de 2014

Aprobación: Noviembre 28 de 2014

Publicación: Diciembre 15 de 2014

Resumen

El presente trabajo que expongo a continuación nace del feliz encuentro de dos situaciones: mi tesis doctoral presentada en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla: el historiador como pensador, así como la investigación que sobre memoria histórica desarrolló para el Centro Nacional de Memoria Histórica en el municipio de Quinchía Risaralda.

Esas dos experiencias: la una, experiencia epistemológica y la otra experiencia de implicación por parte del investigador teórico en una comunidad campesina me han llevado a pensar la relación del investigador con el sufrimiento de las víctimas, así como la relación del conocimiento con el sufrimiento.

¿Qué significa implicarse en una comunidad? ¿Hasta dónde llego en mi tarea de investigador cuando me encuentro con el profundo silencio o desconocimiento del país con regiones que en la época más aciaga de la violencia fueron victimizadas por el actuar de diferentes actores armados? Esas dos preguntas las afronto desde lo que llamo la responsabilidad histórica del investigador social y el desafío que tiene el historiador y el filósofo con esa forma de muerte que es el olvido.

¹ Doctor en Filosofía, profesor asociado de la Universidad Tecnológica de Pereira.
alveos@gmail.com

Por eso resulta necesario preguntarse por el papel ético-político del investigador que se implica en los procesos de reconstrucción de memoria de las víctimas. ¿Cómo funciona eso precisamente en tiempos post-ideológicos, caracterizados por la abierta distancia entre investigación y política?

Palabras Clave: Historia, Memoria, Responsabilidad histórica, historiador, filósofo, sufrimiento.

Abstract

The following work I present was born in a happy meeting of two situations: my doctoral dissertation at the Universidad Pablo de Olavide de Sevilla: the historian as a thinker, as well as research on historical memory developed for the National Center for Historical Memory in Quinchía town of Risaralda .

Those two experiences: one of them, epistemological experience and the other an implication by the theoretical researcher in a country side community have let me to think about the relationship between the researcher and the victim's suffering, as well as the relationship of knowledge with suffering.

What means to be involved in a community? Where do I get my job as a researcher when I meet with deep silence or ignorance about the country with regions in the most unfortunate time of violence were victimized by the actions of various armed actors? I face those two questions from what I call the historical responsibility of the social researcher and the challenge that has the historian and philosopher with that kind of death that is forgotten.

That's why it is necessary to as by the ethical - political researcher rol that is involved in the memory of the victims reconstruction process. How does that work exactly in

post- ideological times, characterized by the open gap between research and policy?.

Key Words : History, Memory, Historical responsibility, historian, philosopher, suffering.

Enfoque metodológico

Filosofar es nombrar e interpretar el mundo de una manera creativa. Pero ¿existe una filosofía reivindicativa de los pasados condenados al olvido? El planteamiento particular de este texto es que sí. Se trata de la memoria. Asumir para la filosofía un papel reivindicativo puede resultar incomodo, en tiempos caracterizados por el distanciamiento del investigador frente a la temática que estudia. Pero la particular apuesta de mi trabajo consiste en considerar que si la memoria es el resultado de una reivindicación debemos considerar en qué consiste el carácter de esa reivindicación, y así no caer en promesas que excedan las posibilidades mismas de esa reivindicación, posibilidades atinentes al lenguaje.

Para desarrollar el presente trabajo partiré de la relación entre lenguaje adánico y memoria; relación a partir de la cual se sintoniza una teoría del lenguaje por parte de Walter Benjamin que tiene su escenario de explicación en una interpretación del libro del Génesis. A partir de ese lenguaje que asume la pronunciación del dolor a partir de la caída, me acerco a la necesidad de una responsabilidad histórica con el sufrimiento, la cual es sugerida por Reyes Mate, para así, en la parte final del trabajo hacer unas consideraciones sobre la responsabilidad histórica que puede tener el historiador y el filósofo de la historia con los acontecimientos mismos. En la construcción del presente trabajo me he situado desde las lecturas críticas respecto al historicismo expuestas por Walter Benjamin y Reyes Mate. Si bien

esos cuestionamientos han sido en el siglo XXI absorbidos por la disciplina histórica, fueron durante los años treinta del siglo XX planteamientos verdaderamente subversivos y desafiantes con el historicismo, en el caso del autor como Benjamin, mientras que en el entorno de la filosofía iberoamericana le han permitido a Reyes Mate hacer visible la figura de la víctima desde la filosofía.

El siguiente paso fue proponer un proyecto de investigación que implicara a una comunidad que fuera víctima de la violencia. Con esas comunidades, a lo largo del año 2014 hemos realizado un proceso de investigación participativa en las montañas del Departamento de Risaralda, en una serie de veredas que a principios del siglo XXI padecieron las acciones de diversos actores armados

Lenguaje y Memoria

El título del presente texto es de por sí un llamado, una invocación al lenguaje. El lenguaje que nombra es también un lenguaje que recuerda y esa acción de recordar tiene una aspiración de confrontación con el olvido. El acto de nombrar significa en la Teoría del Lenguaje propuesta por Walter Benjamin el don fundamental con el cual Dios dotó al hombre, según la narración del Génesis y que Benjamin desarrolla. Si bien el único que crea vida a partir del nombrar es Dios, los hombres se pueden acercar a través del nombrar a una relación convencional con las cosas mismas. Relación que si bien no es creadora si aspira a nombrar, a entender y definir aquello que se tiene en frente. Dios no hace hermenéutica desde el lenguaje, pero en cambio Dios crea mundo y el hombre interpreta el mundo a pesar de que no lo cree a la manera de Dios.¹

Benjamin llama la atención acerca de los

tres niveles donde el lenguaje se desarrolla: en primera instancia un lenguaje creador o divino propio de Dios, como segunda instancia el lenguaje de Adán regalo y atributo exclusivo de dios a este en el momento de su creación y en última instancia una lengua diseminada en multitud de lenguajes, signada por una relación convencional y externa con las cosas. En esta última instancia, la lengua deja de ser verbo creador o palabra nominadora para convertirse en eco lejano, equívoco, débil, de un nombrar original. Para este último caso, la lengua solo funciona entre hombres, se encuentra encubierta por los signos de la decadencia, debido a que la relación entre lenguaje y cosa está perdida. A pesar de la hiper- población de las palabras ellas nada dicen a seres distintos al hombre, no expresan ni el lenguaje de la naturaleza que se encuentra enmudecida, ni el lenguaje de las cosas.

Benjamin considera que “El ser lingüístico del hombre es su lenguaje. Es decir que el hombre comunica su propio ser espiritual y lo comunica en su lenguaje, en el lenguaje propio del hombre que son las palabras. ¿Pero esa espiritualidad que comunica el hombre a través del lenguaje puede redimir frente a experiencias de sufrimiento?

En esta parte me quiero referir al pensador alemán Teodoro Adorno cuando se escribe: “La pregunta Qué significa superar el pasado? tiene que ser clarificada. Parte de una formulación que en los últimos años se ha convertido, como frase hecha, en altamente sospechosa. Cuando con ese uso lingüístico se habla de superar el pasado no se apunta a reelaborar y asumir seriamente lo pasado, a romper su hechizo mediante la clara consciencia; sino que lo que se busca es trazar una raya final sobre él, llegando incluso a borrarlo, si cabe, del recuerdo mismo. La indicación de que todo ha de ser olvidado y perdonado por

parte de quienes padecieron injusticia es hecha por los correligionarios de los que la cometieron”²² De allí mi planteamiento de que superar el pasado no significa su olvido sino antes bien, se trata de una relación hermenéutica con el mundo y que por lo tanto tiene la aspiración de sanación.

Un campesino de las montañas de Risaralda expresaba en un taller de memoria que gracias a la oportunidad de recordar él podía contar aquello que le pasó y que a pesar del tiempo transcurrido seguía guardando con dolor el asesinato de su padre. “Yo no sabía como expresar mi dolor y me sentía cohibido y se me quebraba la voz y no podía contar porque tenía resentimiento, tenía dolor”, por eso frente a un sufrimiento enquistado nos preguntamos ¿qué hacer con él dolor? ¿Tiene mínimamente el intelectual, el historiador, el filósofo, el científico social alguna responsabilidad histórica?

Frente a esa experiencia, la memoria es una manera de llegar hasta ese pasado no solo con intereses de reconstrucción histórica sino con el interés de hayar alguna salida al dolor del que sufre. Con la memoria el historiador construye, dota de sentido el presente; algo que resulta bien diferente cuando se trata de reconstruir los hechos del pasado desde una perspectiva académica. Esa parte es la que se se considera marginada por el pensamiento universal: se trata precisamente del dolor; algo que requiere ser sanado. Ese interés por lo marginal pone en primer lugar de reflexión a las víctimas de la historia, ubicándolas por encima de una universalidad justificada desde el logos. El dolor viene a ser aquello particular, lo que no cuenta con el prestigio de lo universal; lo que se considera accidental y circunstancial como pueden ser la pobreza o la explotación. Por eso la reflexión desde una sociedad que se empieza a entender a partir de la memoria

de las víctimas puede proponernos un camino distinto de lo que centrado en la razón pareciera hacer legítimo el dictado cumplido por la sin-razón: producir dolor y negar el dolor.

En comparación hasta hace unas décadas ni la memoria, ni la historia de corta duración contaban con mucho respeto en las esferas de la academia, mientras que el modelo a seguir de historiador era aquel instalado por fuera del siglo X o que tuviera un fuerte arraigo en la historia social. (¡Como si toda historia no fuera social!) Era usual que esos historiadores, esos filósofos, eos científicos sociales hicieran parte de una línea política, ideológica: usualmente el materialismo histórico.

De allí el reconocimiento hacia el tema de la memoria y también por eso el reconocimiento con autores que han desarrollado una de las astillas que tanto destacara Benjamin en su nueva teoría del conocimiento: la crítica a la historia como continuo de violencia. Quienes se reconocen en las posturas del malogrado filósofo alemán consideran que el pasado expresa una vida propia, una vida que no se aloja en algo museificado o archivado en el pasado; lo que sin duda resulta una posición que pone en vilo al facticismo de nuestros tiempos vestido de presentismo y temeroso de cualquier riesgo en una caída metafísica.

Contra ese imperio de los hechos la memoria deja entrever que los muertos y las víctimas encerradas en el pasado tienen una segunda oportunidad: la de ser redimidos a través de un reconocimiento que llega por medio de la memoria o hasta de lo contrario: la condena de vernos abocados a permanecer ocultos en un pasado muerto y sobre el cual es inútil volver. La operación que se realiza con la memoria es la de un desplazamiento epistemológico por medio del cual la categoría de memoria pasa de ser

un concepto entre muchos a transformarse en el concepto central de una corriente filosófica posterior a los valores más duros de la razón y de la ilustración: “Para hacer frente al crimen contra la humanidad que se estaba perpetrando había que convertir a la memoria en la nueva categoría del pensar, a expensas del “logos” tradicional. No bastaba con recordar esto o aquello; había que entronizar la memoria como la categoría fundamental del conocimiento. Y junto al tiempo en equilibrio, el tiempo en suspenso. El concepto de suspensión nos remite al gesto de Josué mandando parar al sol hasta que consumara su trabajo”³ Para un filósofo como Reyes Mate la memoria es una actividad hermenéutica que consiste en visibilizar lo invisible. Es una memoria de justicia y es un imperativo categórico de recordar el horror, lo nefasto. Por medio de la interpretación, lo oculto –como Auschwitz- sale a la luz con todo su horror. Esa hermenéutica hace justicia con aquello olvidado, con todas esas víctimas que la historia condenó a ser solamente una cifra.

La responsabilidad histórica

Para evitar la complicidad con toda historia recibida por vía de los vencedores se invoca a la responsabilidad histórica⁴. Los inquietantes interrogantes acerca de la responsabilidad histórica tienen un punto de partida: la pregunta que se hacen durante buena parte del siglo XX los intelectuales germanos acerca de la culpabilidad del pueblo alemán frente al genocidio judío; los alcances que tiene en el tiempo esa responsabilidad, su carácter colectivo. La pregunta se convierte en extensiva por parte de los países colonizadores ante los países colonizados.

En la expresión responsabilidad histórica se cristaliza la articulación entre el individuo (historiador) y la sociedad (lectora de la historia). El historiador

tiene un compromiso moral excepcional con lo que fue, con los desastres, con las víctimas que a nombre de la historia produjo el pasado y las ideas mismas de civilización y de progreso. Tanto las víctimas de los campos de concentración como las víctimas de la esclavitud negra y de la servidumbre indígena o las víctimas del desplazamiento forzado en Colombia se nos aparecen hoy como fruto de un continuo histórico que excluye e incluye, salva y condena a nombre de unas metas superiores, -casi siempre ideales- pero también catastróficas.

La Responsabilidad histórica es un tema ético de la filosofía con respecto de la historia: ¿somos responsables del pasado? Para Cohen, el ser humano es ante todo un prójimo, un próximo, sea que pertenezca a nuestra misma nación, un compatriota o un forastero o extraño. Esta consideración acerca del prójimo dicha en tiempos de la construcción de los nacionalismos europeos contiene una fuerza provocadora y anticipadora de los odios raciales y nacionales.

La responsabilidad histórica se necesita una nueva relación con la historia. Esta, que ha sido considerada como el tribunal que juzga y decide, es ahora llamada a un juicio que evalúa los efectos de sus decisiones. Quien realiza esa evaluación es 1) un nuevo tipo de historiador y 2) las víctimas y descendientes de las víctimas que la historia arroja. Tanto el nuevo historiador como la víctima⁵ o su descendiente, descubren que lo inédito de su responsabilidad estriba en potenciar la memoria que ha sido hasta hace muy poco un ámbito subsidiario de la historia.

El rescate de lo pequeño realizado por Walter Benjamin favorece que se profundice la idea acerca del significado del sujeto de la historia y el testimonio como crónica del sufrimiento de ese sujeto.

El gran logro que brilla en la perspectiva histórica de Benjamin es construir una historia universal a partir del lado olvidado y perdido de la historia⁶. Este lado olvidado es la versión de los vencidos, la cual no es solamente el relato de la insubordinación, de la resistencia, de la revolución. Se trata también de la historia de la sumisión voluntaria de los oprimidos. Quien ha estado bajo el zapato del amo, continúa reproduciendo el discurso de quien lo pisa, a pesar de encontrarse en una posición tan desdichada.

En el caso del historicista los sujetos que movilizan las fuerzas de la historia son los príncipes, los guerreros, los hombres investidos de poder. Si bien en sus tesis Benjamin señala como el sujeto de la historia a “la clase que lucha”, Reyes entiende que esta clase adquiere las dimensiones de un sujeto revolucionario que va más allá de considerar a la revolución como un asunto de armas. El poder que adquiere el sujeto de la historia de Benjamin es el de articular en letras, la conciencia amarga de su sufrimiento. Por encima de la praxis revolucionaria está el conocimiento de la historia y de sí. Pero a diferencia de la historia que está por fuera del sujeto, el desarrollo que hace Reyes Mate de Benjamin es el de una historia donde quien sufre se constituye y crece en la medida que encuentra en su pasado, en las generaciones que le antecedieron, una matriz similar de felicidad no cumplida y postergada, de injusticias que se expresan en el rostro de los abuelos sacrificados a nombre de las políticas de futuro, y de una solidaridad intergeneracional con aquellos que ya no están, que ya fueron sacrificados y que si bien no cuentan en los cálculos de la política si pesan en aquellos de la memoria.

Ese recuerdo de la humillación sufrida se convierte en relato. El descendiente del

humillado, el que recoge la voz de víctimas que no alcanzaron a contar aquello que les cortó la vida, el sobreviviente que testimonia su dolor, comparten con otros la capacidad de no dejar que la experiencia muera. Tenemos entonces que si la utopía se instala en el futuro, la experiencia tiene un índice que nos remite al pasado.

En el marxismo clásico la clase en lucha se convierte en sujeto al hacerse consciente de su lugar desfavorable, alienado, frágil, en los medios de producción. En cambio para un filósofo de la memoria la clase en lucha se vuelve sujeto cuando el conocimiento del pasado es conocimiento nuevo de sí del sujeto. El pasado se hace nuevo justamente en el presente, punto desde el cual se recuerda. El sujeto de la historia de Benjamín descubre de esta manera algo que se llama subjetividad histórica.

La subjetividad histórica es un nuevo conocimiento de sí. Hasta Benjamín el sujeto necesitado vivía su necesidad como privación; pero se trata ahora de que la necesidad capte el pasado que escapó a la ciencia y a la razón del satisfecho y que de la necesidad nazca una forma de conocimiento solidario con el mundo que nos rodea. Es el encuentro de un conocido que ha sido desconocido, “inédito”, así como un cognoscente “necesitado”. Cuando la clase que lucha haya podido alcanzar ese conocimiento podrá cambiar el presente.

Quedan descartados todos aquellos que están satisfechos, los que no necesitan interpretar de nuevo la historia porque la que tienen les va bien. Lo que hace entonces un historiador de los vencidos – y esta es una primera conclusión de la lectura que hace Reyes de Benjamin- es liberar una mirada de la historia, dejar que hable una perspectiva desconocida del historiador acerca del mundo, introducir una narración emergente, que no se encontraba al orden

del día. Esa mirada emergente contiene unas implicaciones ético-políticas tanto para el que cuenta la historia como para aquellos que se reconocen en ella. Por eso quienes cuentan la historia en el uso de una subjetividad crítica, tienen también la responsabilidad histórica.

La responsabilidad histórica del investigador social

Hemos llegado al aspecto que tiene para nosotros mayor relevancia: urgimos de alguien que narre la historia desde la orilla de los vencidos lo cual significa que las identificaciones producidas por nuestro historiador, sus afinidades, sus empatías están con aquellos sujetos y discursos borrados o apropiados por quienes marchan en el carruaje de los vencedores. La tesis III de Benjamin⁷ nos presenta la figura del historiador. Su figura no es la del historiador convencional que distingue entre los pequeños y los grandes acontecimientos.

Tampoco la del historiador que valora al príncipe por encima de otros actores de la historia. Rememorar exige una redención integral del pasado. Lo bueno y lo malo, lo grande y lo pequeño. Basta con el olvido del sufrimiento de un solo ser humano para que la posibilidad de liberación fracase. De este modo el cronista anticipa el juicio final.

Afirmar que el historiador benjaminiano es el cronista de las víctimas implica poner en escena un lugar intempestivo para la filosofía de la historia. Por colocar al día esta novedad Benjamin es la figura fundante de una filosofía de la memoria. El cronista acoge la voz de los vencidos; en otros casos el mismo es un vencido.

La suya es una voz que desde la memoria recoge las leyendas, los cantos, la experiencia donde se consigna este dolor que se puede traducir en acción política⁸

-justamente esa parte de la historia que Hegel no valoraba.

El cronista puede ser Primo Levi en Auschwitz, los cronistas de indias como De las Casas y Montesinos quienes ponen en evidencia lo injustificado de la conquista. En ambos se plantea la discusión entre verdad, justicia y memoria.

La memoria depositada en la crónica es la respuesta a una injusticia⁹. La injusticia ha generado un sufrimiento que resulta condición de toda verdad. Por eso con aquellos a quienes se les ha cometido una injusticia tenemos una responsabilidad de tipo histórico la cual nace de frecuentar autores que han captado la relación entre la justicia y la memoria. De allí que la memoria sea una formade conocimiento y de transformación política. Esto de inmediato nos conecta con el papel que cumple un cronista: lo que rescata, lo que cuenta, lo que recuerda es conocimiento, pero un conocimiento que sirve en la lucha política de las víctimas que la historia arroja a su paso. El sujeto de la historia como conciencia del sufrimiento, versus el sujeto trascendental como conocimiento aséptico. De este enunciado parte el trazo epistemológico con el cual Reyes Mate ha contribuido al pensamiento iberoamericano. La víctima de la historia como conciencia del sufrimiento favorece la relación con la verdad y con la escritura.

Experiencias de sufrimiento producen cronistas e historiadores que muestran lo espantoso de acciones calificadas de puntos elevados para la civilidad, pero que a su base chorrean sangre. La Conquista, la invasión y devastación de los pueblos indígenas es muestra de una injusticia del pasado que persigue al presente: Lo que está en juego es una interpretación de los hechos que justifique no ya la práctica de la guerra, sino el olvido de la violencia que tuvo lugar. Tan importante como la

justificación en su momento de que la guerra contra los indios era justa es ahora el olvido de los sufrimientos de los indios: si estos aparecen como injustificados, la legitimación de la guerra se verá seriamente cuestionada.¹⁰

El cronista benjaminiano no distingue entre pequeños y grandes acontecimientos cuando se trata de confrontarnos con la verdad. Mientras que un historiador de cuño historicista separa de entre los granos aquellos que parecen ser los adecuados para la transformación del mundo, el cronista reivindica el peso que lo pequeño y lo anónimo también puede poseer. En esto reposa una de las más profundas diferencias entre lo que se conoce como memoria y ese otro discurso establecido y canonizado que es la historia. En el relato *La memoria* apunta al pasado de los fracasados, de los perdedores, de los que han quedado en la cuneta del progreso; en una palabra, de las víctimas de la historia, y si se les recuerda es para acabar con esa lógica de la historia que sólo sabe caminar sobre ruinas y cadáveres. La memoria nos convoca para que esa historia acabe de una vez¹¹.

En el dispositivo de la crónica sobrevive una manera de acercarnos a los hechos que posibilita al filósofo tener una reflexión acerca del tiempo y de su propio tiempo. El relato contiene una filosofía crítica de la historia. Para este propósito R. Mate explora en la experiencia de los Campos de Concentración de los Nazis y en las crónicas producidas por los religiosos españoles en el Nuevo Mundo Americano. En ambos tipos de experiencia los cronistas introducen un reconocimiento que resulta a su vez defensa de lo pequeño, de lo que no aparece, de lo ausente como espacio para poder cimentar una nueva superficie la realidad presente. Así el Mundo Americano se hizo bajo la presencia y

reconocimiento del hombre blanco y con la ausencia del indígena, mientras que en la Europa moderna se ha erigido a partir de la ausencia, sino la destrucción del judío.

Según nuestro planteamiento, el relato configura o constituye un tipo especial de territorio de experiencias sobre el que se asienta la temporalidad de la historia. La criatura humana expresa su persistencia ante la muerte testimoniando su vida gracias al relato. La voz del testimonio que es una voz en apariencia de segunda mano, un género tradicionalmente poco valorado en el canon literario nos confronta con la pregunta ¿qué es aquello que de verdad resulta importante para contar?

El testimonio nace de una interioridad lastimada, de una voz que regresa con vida del lugar que nadie ha regresado con vida¹². Quien testimonia resulta entonces un testigo, un superviviente. Ahondar en el testimonio de la víctima es ir en sentido contrario de la universalidad del historicismo: es iniciar el viaje desde lo grande a lo pequeño; allí donde están las flores que fueron pisoteadas para favorecer su paso al tren del progreso. Esas flores pisoteadas o en peligro de serlo son las que interesan al pensador de la memoria.

¿Y qué tan fiables son esos testimonios para que por medio de ellos se pueda alterar la historia? A esa pregunta Agamben sugiere que ...tomar en serio el enunciado “yo hablo” significa de hecho dejar de pensar el lenguaje como comunicación de un sentido o de una verdad de un sujeto que aparece como titular y responsable de ellos; significa más bien considerar al lenguaje en su puro tener lugar y considerar al sujeto como la inexistencia en cuyo vacío prosigue sin tregua el difundirse indefinido del lenguaje¹³. No se trata acá de la tradicional autoridad de quien habla —el escritor, el autor, el historiador— sino de la experiencia que transmite este, como

experiencia merecedora de ser conocida por las generaciones posteriores.

Los testimonios nos remiten a una forma determinada de contar la historia. Quien testimonia tiene un recuerdo que puede ser escuchado pero no necesariamente creído. El testigo agrega a la historia elementos fácticos, subjetivos, inéditos, dolorosos. Los testigos son “el resto” de Auschwitz; no son ni los muertos, ni los supervivientes, ni los hundidos ni los salvados, sino lo que queda entre ellos¹⁴. Su carga comunicativa se encuentra atravesada por el aquí y el ahora del sufrimiento que ha visto, pero también padecido. De ese resto está compuesta la memoria como filosofía, un manojo de flores filosóficas maltrechas, de las cuales el filósofo, como cronista de las víctimas, ofrece su testimonio reflexivo.

Hoy el futuro parece achatado. Nadie en su fuero interno se toma en serio el mañana. El sacrificio se hace a nombre de un futuro próximo, lo que equivale a decir que el futuro se prepara. La batalla por el futuro se decide en un presente que, no sabe todavía nada del porvenir¹⁵. La planeación del futuro es un asunto de intereses. La guerra, las medidas de Estado, los crímenes políticos, tienen como lugar un presente donde cada uno de los contrincantes realiza como en un juego de ajedrez, algún tipo de movimiento conducente a un fin futuro. Quien hace movidas con el futuro visualiza unos resultados, estando dispuesto a asumir, más no necesariamente a pagar los costos de su movimiento. La preparación del futuro nos pone ante el orden de lo que hay por hacer, de lo que se debe construir. Tengamos presente la imagen que hace de la historia Reyes Mate con respecto a Hegel: esta es una gran mesa de sacrificio donde hombres y mujeres concretos son sacrificados a nombre de algún propósito ubicado en el futuro pero que se padece o se vive en el ahora. Las

mentes contemplativas no lo realizan, ya que este, es un trabajo para el hombre de acción. Quien narra el futuro entra en el territorio de la literatura de ciencia-ficción o en el camino de una profecía que toma la forma del marketing político. Tenemos entonces que parte de la propuesta de un tiempo distinto al continuo de la injusticia repetida pasa por una narrativa filosófica de la historia que asuma un compromiso de justicia con aquellos pasados olvidados.

De cómo el historiador desafía a la historia y la muerte

El historiador como pensador de la historia se atreve abordar aquello que la filosofía desechó por ser no-ser, o sea la muerte. Él filósofo puede y debe desafiar a Caronte, ir hasta la orilla del Aqueronte, en el límite entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos a intentar traer el testimonio de un alma, lo cual Caronte no está dispuesto a permitir pues los muertos deben permanecer muertos

Para el historiador abordar a las víctimas, no puede ser un asunto teórico. Las víctimas no son conceptos; son hechos, son realidades, son historias. La muerte no es, como ya se había percatado Franz Rosenzweig un asunto que haya interesado a la filosofía. Por eso su viaje tiene un sentido contrario: el va tras la memoria de los muertos o por lo menos a partir de las lecciones que emergen de esta experiencia busca algún tipo de respuesta para su conocimiento. Tal vez no encuentre al final una respuesta epistemológica, pero sí se encontrará con algo ético a través de aquellos que emprendieron el viaje sin regreso. Nos han dicho de manera empecinada que el presente se construye desde los vivos, ¿pero tienen estos muertos, cuerpos a la deriva, cortados, eliminados de su tiempo y arrojados a las aguas espesas algo que decirle a este presente? Es allí donde encontramos en alza a la memoria

o como escribe Francesco Benigno¹⁶: una historia memorial.

Primo Levi o Walter Benjamin se enfrentaron con su escritura en la Europa de la primera mitad del siglo XX al paisaje de la violencia. Su respuesta fue la memoria, en tiempos donde, como lo escribe Víctor Sergei, era media noche en la historia. De esa oscuridad nació el imperativo de Adorno, donde estaba prohibido el olvido o la postura de Walter Benjamin consistente en agarrar la historia entre las manos y cepillarla hasta que emergiera de su pelambre lo que se escondía, esa historia contraria a la de los vencedores o sea la de pensar a los vencidos de la historia.

Los campos de concentración y las políticas masivas de exterminio fueron las formas más aterradoras que adquirió la irracionalidad moderna. El Hades de los años cuarenta fue el Lager, y la barca el tren con su cargamento de futuros muertos. En cambio hoy se trata de una violencia que tiene otro escenario: el agua, el río donde los muertos de la violencia han sido arrojados para que se hundan, para que los animales los devoren y desfiguren, para que no tengan tumba posible. El historiador se encuentra en este caso entre dos maneras de construir olvido: la incineración del campo de exterminio Nazi y la desfiguración de los muertos arrojados a las aguas de los ríos. El pensador de la memoria que estoy considerando tendrá en este caso un nuevo lugar de enunciación, la circunstancialidad histórica de esta violencia que puede ofrecer nuevos elementos a la memoria.

Si desde Auschwitz los victimarios han pensado en borrar las huellas que los criminalizaran; desaparecer e incinerar los cuerpos fue la solución en Colombia se hizo a la colombiana: se desmembró, picó y se tiró los cuerpos a los ríos. Este tratamiento en la época de la Violencia recuerda al texto de María Victoria Uribe:

matar, rematar y contramatar¹⁷; en donde la autora afirma que existe una estética del horror, una estética macabra. La violencia ofrece su propia estética como así lo afirma María Victoria Uribe, donde intenta no sólo aleccionar¹⁸ a los vivos sino también a los muertos, burlándose de estos y degradándolos de tal manera que ni siquiera la muerte sea el paso final para la víctima. El paso final es matar la muerte, como lo sentencia perspicazmente

La memoria más que una filosofía es una reivindicación, lo cual implica o nos lleva a pensar que, aquello en juego, son las deudas imprescriptibles con las víctimas de la historia. Las víctimas son tantas y de tanto tipo que apenas en los últimos veinte años dimensionamos esa catástrofe, ese hueco, esa interrupción, ese silencio dejado por todas esas vidas destruidas. Este es un tema que desde la primera década del siglo XXI se empezó a discutir, principalmente en países asolados por experiencias de violencia traumáticas. Siendo la colombiana una sociedad atravesada por décadas de violencia en unas condiciones distintas a las de una dictadura o un totalitarismo de estado, una situación que Estanislao Zuleta llamó una “democracia enigmática”, una sociedad donde la impresión que se tiene es que las experiencias dejadas por esa violencia no han hecho mella en sus gobernantes y donde la violencia sigue bajando por las aguas de sus ríos.

¿Pero si la memoria es una reivindicación, que quiere expresar esa reivindicación? Se trata de la denuncia de un orden de lenguaje que ha legitimado un orden social atravesado por la injusticia. En esa jungla de heridas abiertas el historiador y el filósofo tienen un nuevo lugar de preocupación y de ocupación. La memoria no se hace sola sino que la memoria existe porque hay personas como el historiador quienes pueden

reconstruir pasados e injusticias olvidadas las cuales pueden ser incorporadas a unas virtudes ciudadana donde se reconoce la amistad, la tolerancia, la responsabilidad y la educación como principios cardinales de un deber ser inspirado en la memoria.

Conclusiones

Durante siglos las víctimas no importaron, simplemente fueron cifras las cuales se mostraban en una imagen; costos inevitables de la guerra, de la escasez de recursos, de la naturaleza, del progreso, de la barbarie. Eran muchas pero mejor resultaba olvidarlas, enterrarlas, incinerarlas y que el mundo siguiera adelante. Los victimarios en cambio sí han importado ya que hasta en ocasiones han ocupado los primeros lugares de las páginas de los periódicos y de los libros. Con ellos se tiene siempre que establecer algún tipo de negociación y antes o después de haber sido victimarios terminaron ocupando importantes cargos en el poder político. La historia ha tenido buena prensa con ellos, sus acciones han sido justificadas, mientras las víctimas son despreciadas, resultan lastimeras y responsables de su propia situación. Son en últimas los vencidos, los costos colaterales del progreso y de la guerra.

En Colombia las víctimas han florecidos a las orillas de los caminos y veredas, en los semáforos de las grandes ciudades. Ríos por donde pasaban los muertos, fosas comunes en territorios campesinos, cuerpos triturados en trocitos tal como ha salido a la luz pública con el tema de las víctimas en la ciudad portuaria de Buenaventura¹⁹. La mirada de ellas interpela, en ocasiones molesta y ante la sensación de que es poco lo que se puede hacer por sus sufrimiento preferimos ocultar nuestra mirada y seguir de largo. El 9 de abril fecha simbólica del inicio de la violencia en Colombia se instauró ese día y según las más recientes cifras el título de víctimas le cabe a

muchos, a muchísimos colombianos: por desplazamiento forzado, 5'468.366, por actos terroristas, 57.806, por amenaza, 144.443, desaparición forzada, 98.106, homicidio, 711.216, minas antipersonas, 10.714, pérdida de muebles e inmuebles, 76.899, secuestro, 32.169, tortura, 6.816. Según la perspectiva de no olvido, cada una de ellas exige reparación para que su sufrimiento sirva de ejemplo y de no repetición. En eso ha consistido el "giro" de la memoria, luego de la II Guerra Mundial, luego de las dictaduras militares del cono sur latinoamericano, luego de las guerras civiles y en medio del conflicto interno colombiano las exigencias de memoria y las voces de las víctimas aparecen en los debates, en el día a día de la sociedad y toman forma en el calendario cada 9 de abril fecha del asesinato del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán. ¿Síntoma de humanización de la humanidad? ¿reconocimiento con una deuda histórica? ¿oportunismo?. El gran peligro es que la justicia de esa causa sea aprovechada y banalizada por los discursos que aspiran a conquistar algún beneficio de la historia.

Por eso mismo es importante que la filosofía y que la historia discutan, polemiquen, reescriban acerca de los conceptos atinentes a la memoria del sufrimiento. Afortunadamente las tendencias instrumentales no han desactivado el valor ético de la muerte y del dolor; afortunadamente la muerte y el dolor son todavía reales y afectan el valor de la vida biológica y de la vida cultural.

Si la actualidad de la memoria permite que se hagan visibles y se reconozcan también los pescadores, los campesinos, las mujeres, todo ese ejército de vulnerados por el desplazamiento y por la guerra, que sea reconocida su voz, que tengan importancia en la política de la historia, en la construcción de un territorio más justo, habrá que darle

una bienvenida en la ciudad democrática a esa memoria. Pero si de lo que se trata es de manosear los conceptos, de encerrarlos y manipularlos para la continuación de una injusticia epistemológica habrá que seguir trabajando desde una matriz filosófica capaz de reconocer la instrumentalización del lenguaje para dar esa batalla desde el lenguaje mismo por una memoria que no termine solo en una reparación material e individual de las víctimas sino en la recuperación de esas virtudes ciudadanas que como lo señala Reyes Mate no consisten en virtudes para la obediencia, sino también en virtudes para la convivencia entre los seres humanos y de los seres humanos con los demás seres de la tierra.

Referencia Bibliográfica

Adorno Teodoro. “¿Qué significa superar el pasado? En Educación para la emancipación.

Agamben, G. (2002) Lo que queda de Auschwitz, el archivo y el testigo, Homo Sacer III, Pretextos, Valencia, Madrid: colección, raíces de la memoria. 1998

Benigno Francesco, Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente. Madrid, Cátedra, 2013

Benjamin, Walter. (2005), Tesis sobre la historia y otros fragmentos, Contrahistorias, México

Reyes Mate, (2006), Medianoche en la Historia, Trotta, Madrid.

Reyes, Mate (Ed.), (2007), Responsabilidad histórica, Preguntas del nuevo al viejo mundo, Anthropos, Barcelona

Reyes, Mate. (2003), Memoria de Auschwitz, Trotta, Madrid,

J. Mardones- R.Mate (ed.), (2003) La ética ante las víctimas, Anthropos, Barcelona

Uribe, María Victoria. Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948 – 1964. Bogotá: Cinep, 1996.

1 Así como los restos, las ruinas, los escombros de un lenguaje divino sobreviven a manera de débiles indicios en el lenguaje humano, la memoria depositada en el lenguaje testimonial parece sobrevivir también a la caída en el tiempo de la historia, y esa sobrevivencia queda inscrita, como susurros, lamentos, mensajes encriptados que la modernidad fue separando, despreciando y arrojando al olvido. El filósofo en cuanto cronista de esa memoria despreciada por la racionalidad moderna lo que hace es atreverse a recoger esos fragmentos, descifrarlos, ponerles en el contexto de lo actual, permitir que aquello que pareciera pasado enterrado, pueda encenderse y decirnos algo en el lenguaje del presente.

2 Adorno Teodoro. “¿Qué significa superar el pasado? En Educación para la emancipación. Madrid: colección, raíces de la memoria. 1998. p.15

3 Reyes Mate, (2006), Medianoche en la Historia, Trotta, Madrid.

4 Reyes, Mate (Ed.), (2007), Responsabilidad histórica, Preguntas del nuevo al viejo mundo, Anthropos, Barcelona.

5 J. Mardones- R.Mate (ed.), (2003) La ética ante las víctimas, Anthropos, Barcelona.

6 Reyes, Mate. (2003), Memoria de Auschwitz, Trotta, Madrid, p.92

7 Benjamin, Walter. (2005), Tesis sobre la historia y otros fragmentos, Contrahistorias, México.

8 Reyes, Mate. (2006), Medianoche en la historia, Comentarios a las tesis de Walter Benjamin, Sobre el concepto de historia, Trotta, Madrid.

9 Es importante distinguir que si las ciencias influenciadas por el positivismo buscan la verdad, la memoria lo que desea es que se haga justicia a una injusticia.

10 Reyes, Mate. (2007) “¿Existe una responsabilidad histórica?”: R.Mate (Ed.), Responsabilidad histórica, Preguntas del nuevo al viejo mundo, Anthropos, Barcelona, p. 369.

11 Reyes. Mate, ibíd., p.359

12 Está viva la polémica acerca del valor de verdad del testimonio que presenta la víctima. En el modelo de justicia dominante, el testimonio de sufrimiento está viciado por la subjetividad lo cual provoca que el discurso de la víctima sea un elemento más entre muchos que deben de tenerse en cuenta..

13 Agamben, G. (2002) Lo que queda de Auschwitz, el archivo y el testigo, Homo Sacer III, Pretextos, Valencia, p,147

14 Agamben, G. *Ibid.*, P. 171.

15 Reyes, Mate. (2006), Medianoche en la historia, Comentarios a las tesis de Walter Benjamin, Sobre el concepto de historia, Trotta, Madrid.

16 Benigno Francesco, Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente. Madrid, Cátedra, 2013

17 Uribe, María Victoria. Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948 – 1964. Bogotá: Cinep, 1996.

18 “Pero estos emblemas son del terror en la medida que buscan, a su manera, silenciar y aleccionar, enmudecer y paralizar. No sólo imponen una doctrina sino que además, en su fuerte sentido histórico, afirman un tiempo congelado que a pesar de pasar no transcurre como si la historia fuese desde su inicio siempre la misma.” MONETA. Ensayo emblemas, cuerpo y memoria colectiva. [Tomado de internet el 12/07/10]. <http://premionalcritica.uniandes.edu.co/2009/emblemascuerpoy memoria.pdf>

19 <http://www.semana.com/nacion/articulo/el-hombre-detras-masacre-buenaventura/329690>